

cio total en la más completa oscuridad. Tiran de una puerta que estaba encajada y da el llamador en la alcayata. Ya está ahí la María Juana sin que se la oiga para nada. Barre sigilosa, se tapa con el mandil y se vuelve a subir.

Como no duerme le da otra vez la vuelta a todos los muebles y se pone al tanto de lo que sucede con el vecino de enfrente que siempre tiene belenes, con los cuales se entretiene la María hasta que se duerme ya buen rato después de que anochece, aunque ella se conserva a duermévela para que no se le pase nada de lo que suceda.

Esta es la soledad de las quinterías, que se ve lumbre a una legua y consuela por saber que allí hay alguien que te puede socorrer en la noche negra, si se tercia. Así es la compañía de la María Juana, ilusión más que realidad, pero el hombre no puede vivir sin ninguna ilusión y sin alguna esperanza y se consuela aún con la presencia de un pájaro que vuela y huye como el viento y le sume en la frialdad del hielo.

Sucedidos

Los de la Alameda, cuando iban de caza y pasaban por la Hidalga pasaban a echar un trago con el casero y no era raro que fuera Don Ricardo el Párroco.

En esta ocasión iban en un remolque, pasaron, llamaron y con el casero salió el perrillo que ladrando no los dejaba de entenderse y el casero, amenazando al perro, empezó a echar tacos y se subía tanto que el Jaro del Gato, comprendiendo que no había visto a Don Ricardo, le dijo a éste:

—Don Ricardo, Don Ricardo, enseñe usted un cacho saya, que este hombre nos pierde.

En otra ocasión, el año que se helaron las viñas —que ya os acordéis cuál fue— estaba todo el mundo esperando que echaran para ver cuánto había sido el daño.

Coralio Roperó iba con la bicicleta y como son tan ligeras y silenciosas alcanzó a un carrete de un borriquillo con un matrimonio viejo de tomelloseros y les fue oyendo la conversación sobre que si el daño no era mucho comprarían para él unos pantalones de pana y una blusa y para ella un toquillón.

Al llegar a la viña y ver el tomellosero que solo relucían las del abrigo del bombo, se bajó del carro tirán道les terronazos. Ella le gritaba que por qué lo hacía y él contestó que para poca salud, ninguna.